

léjos del campo de la política. Hubo señora que tuvo el disgusto de verse aludida ó retratada en asquerosos artículos ó párrafos de gacetilla; el apreciable cura Conchos (D. Francisco J.) que podrá tener sus defectos, pero que los cubre con sus buenas cualidades, fué ofendido; (1) se atacó á otros hombres como el general Yañez y Ogazon, que vivían entre nosotros, faltándose así á los deberes de la hospitalidad. Escapó no sé por qué, de ser el blanco de gratuitas acusaciones, D. Manuel Doblado, que había vivido en Aguascalientes después de nuestra derrota en Guanajuato. (2) Pero sin abandonar la diatriba y la burla, el insulto y la calumnia, la prensa trataba otras cuestiones, se hacía eco de los periódicos que en México hacían la oposición al presidente Arista y proclamaban la revolución. Entre tantos artículos del *Duende* llamó la atención uno que fué el fruto de las elucubraciones de D. Pablo N. Chávez, obra que discutieron los amigos políticos de éste señor, que fué leída y releída, corregida y vuelta á corregir; fruto, en suma, que tras una gestación laboriosísima vió al fin la luz. Se decía en ese artículo que la República caminaba á su ruina "desde que el general Arista *empuñó las riendas del poder*"; que las instituciones estaban perdidas desde la misma época: que im-

(1) En esta época el cura Conchos se ocupaba de construir un templo en Rincon de Romos, que hermosa á la ciudad y le da una importancia de que antes carecía.

(2) Doblado siempre se manifestó agradecido. Mucho tiempo después decía que amaba tres poblaciones. San Pedro Piedra Gorda, por haber sido su cuna, Guanajuato por lo que le había distinguido y elevado, y Aguascalientes, por lo bien que le trató en una época para él desgraciada.

## CAPITULO XIV.

### El renacimiento del Estado.

(1852—1855.)

*La guerra contra Arista. — Segunda exposición. — Revolución en Jalisco. — Yañez. — Arteaga. — Pronunciamiento. — Carrion marcha sobre Guanajuato. — Dos derrotas. — Anarquía. — Rodriguez y Rayon. — El general Anaya. — La señora Monroy. — Clausura del colegio. — Cesa la exposicion anual. — Dictámen de Terán. — El plan de Ayutla. — Lo secunda Aguascalientes. — Una era nueva.*

LA SITUACION se complicaba desde los primeros meses de 1852, y la prensa no abandonaba su poco envidiable tarea de envenenar todas las cuestiones y herir aún á las personas mas respetables que vivían

peraban «el derroche, la inmoralidad, la tiranía;» apreciaciones todas apasionadas, injustas, que han desmentido los hechos y la historia. Inconscientemente se atacaba al mejor de nuestros gobernantes, al que introdujo economías en los gastos públicos, moralizó el ejército, mejoró todos los ramos de la administracion; se censuraba acremente al poder mas liberal, al mas observante de la Constitucion, al que inició la Reforma pacíficamente.

Sobre tales temas se siguió escribiendo, lo que si era hasta criminal, puesto que se proclamaba la revuelta, proporcionaba una ventaja: se ocupaban las columnas del periódico con declamaciones contra el gobierno del centro, y quedaba así menos campo para cultivar el insulto y la calumnia; tenían menos espacio para sus manifestaciones los personales ódios, con aplauso de los que temían que algun episodio de su vida privada fuese el asunto de que se ocupase aquella publicación.

Uno de esos hechos que nadie predijo porque estaba fuera de todo cálculo, de toda humana prevision, vino á favorecer las tendencias de la prensa de Aguascalientes, poco despues de haber tenido lugar la segunda exposicion industrial, una de las que mas éxito han alcanzado. A consecuencia de un choque con la policía y temiendo á ésta y á la autoridad, se sublevaron en Guadalajara D. José María Blancarte, que habia sido coronel de guardia nacional desde el 20 de Mayo de 1846, y un rebocero llamado el *zorro*. Audazmente se apoderan de un cuartel y la sorpresa es completa. El gobernador, Lic. López Portillo, no pudo organizar la resistencia, y la capital de Jalisco quedó en

poder de los rebeldes que no tenían plan político alguno. Sin embargo, como se creyó preciso justificar el motin, se dió á éste un carácter local, se desconoció á aquel gobernante. Tales sucesos alentaron á la prensa de Aguascalientes, que levantó mas alto la voz en el sentido de proclamar y afirmar la ereccion del Estado á la sombra de la nueva revolucion. El curso de los acontecimientos y algunas circunstancias imprevistas, inusitadas, vinieron en apoyo de esta tendencia que entre nosotros es general.

Vivian en Aguascalientes y aun tomaban parte en nuestras discusiones el general D. José María y el coronel D. Leon Yañez. Ambos habian manifestado sus simpatías por la causa que contra Zacatecas sostuvimos con tanto denuedo, y lo mas sencillo era prometer la realizacion de nuestros deseos, si secundábamos el motin de Guadalajara. Blancarte habia sido subalterno de aquel general: muchos de los amigos de éste seis años antes, eran las directores de los rebeldes; de manera que, siendo llamado Yañez por ellos, éste concertó el pronunciamiento de Aguascalientes que tuvo lugar pocos dias despues. (29 de Octubre de 1852.) El general salió de esta última ciudad para Guadalajara, acompañado de su hermano y del entonces capitán D. José María Arteaga, el mismo que mas tarde fué uno de los caudillos de Ayutla, el mismo que derramó su sangre en defensa de la libertad, de la Reforma y de la independencia, é inmortalizó su nombre en el patíbulo que la tiranía extranjera levantó en la poética Uruápam.

En Guadalajara se desconoció á Arista, se proclamó un plan liberal que fué traicionado, y se llamó al

general Santa-Anna «por ser un acto de justicia nacional levantarle el destierro»—á que nadie le había condenado—diré yo, Aguascalientes secundó el pronunciamiento agregando al plan de Jalisco el artículo que proclamaba la erección del Estado, lo que hizo popular entre nosotros el mas injustificable de los movimientos revolucionarios que han ensangrentado el suelo de México. Se unieron en el mismo pensamiento los partidos *duendil* y *triple* que se habían combatido encarnizadamente, y D. Atanasio Rodríguez fué electo gobernador, Parga secretario y Carrion jefe de un cuerpo de infantería que pronto se puso en alta fuerza. De hecho triunfaba el primero de aquellos círculos. El mismo Rodríguez expidió una proclama en que, entre algunas declamaciones, se revelaba todo lo que se quiera, menos que conocia la tendencia de los rebeldes de Jalisco.

No sé si obedeciendo órdenes superiores ó por inspiraciones propias, Carrion salió de Aguascalientes al frente del brillante batallón que había organizado, y no tuvo en cuenta las recientes lecciones de la experiencia. Cometió la torpeza de escoger para centro de sus operaciones militares la plaza de Guanajuato, donde cuatro años antes había sucumbido una revolucion. Quizá el valor y disciplina del batallón le inspiraron confianza, y resistió al 7º de Tehuantepec, cuerpo de línea que mandaba el valiente coronel Camargo y el mas aguerrido de los del ejército de Arista. El combate fué reñidísimo y la fortuna nos fué adversa. En vano se hicieron prodigios de valor por nuestros soldados, en vano fué puesto fuera de combate el jefe enemigo, y

en vano tambien fueron diezmadadas las filas del 7º: el triunfo á tanta costa alcanzado coronó el esfuerzo de este cuerpo, y el nuestro fué vencido. Nosotros tuvimos que lamentar muchas y sensibles pérdidas; uno de nuestros jefes, D. Francisco R. Gallegos, recibió dos heridas; y aunque Carrion y sus soldados pelearon denodadamente, habiendo rechazado mas de una vez al enemigo y disputádole la victoria, no fué posible ordenar la retirada. Sin embargo, aun estaban al lado de Carrion jefes, oficiales y soldados; logró incorporarse algunos dispersos; pero este puñado de valientes fué alcanzado en «Los Otates» y la derrota siguió al combate. (1)

Como siempre, la honra militar de Aguascalientes y el buen nombre del Estado quedaron muy altos: el mismo Camargo habló en su parte oficial de la disciplina y arrojo de nuestros valientes. Los episodios gloriosos no escasearon; fueron muchos en el campo de la guerra los hechos que solo inspiran el valor y el entusiasmo, y aun despues de la derrota se vió algo que recuerda al pueblo de Licurgo. Cuando las madres espartanas se despedian de sus hijos que marchaban al combate, les decian, al darles el escudo: *Vuelve con él ó encima*. El sargento Guerrero y otros soldados, despues de ser vencidos dos veces, llegaron á Aguascalientes, arma al brazo.

Por fortuna para nosotros estos reveses no fueron

(1) En la batalla de Guanajuato y en la de «Los Otates» se distinguieron los oficiales D. Jesus R. Macías y D. Gerónimo Olivares, alumnos del colegio, que voluntariamente ofrecieron sus servicios, que fueron aceptados. El primero hizo despues una brillante carrera militar; el segundo trocó la espada por la sotana.

seguidos de otros sucesos mas funestos. Las fuerzas vencedoras siguieron su marcha rumbo á Guadalajara, dejando á la derecha nuestra capital, y Zacatecas no pensaba en someterlos. Uraga cometió el delito de defeccion y fué proclamado jefe de los rebeldes á quienes debió combatir. Las demas fuerzas del gobierno permanecieron fieles, y quizá la lucha se prolonga, si Arista no se fuga de México, no por debilidad engendrada por el temor, no porque no tuviese la conciencia de la justicia de su causa, sino por no atender contra la soberanía nacional, por no dar un golpe de Estado como lo hizo el sucesor D. Juan Bautista Ceballos.

Merced á todas estas circunstancias, Aguascalientes fué vencedor sin combatir despues de las derrotas sufridas, puesto que triunfaba la revolucion que habia secundado. Entre tanto, en el interior del Estado seguía la lucha de los partidos que se disputaban el poder, la que envenó más un suceso que ya se esperaba. Por influencia de Yañez y Arteaga, el general en jefe de los pronunciados nombró gobernador á Rayon, quien no tenia fuerza para posesionarse del gobierno. Toda la administracion pertenecia al bando enemigo, y no podia presumirse que Rodriguez entregara la situacion á su antagonista. Despues de una junta que tuvo lugar en el salon de la "Escuela de Cristo" se resolvió que "no se obedeciese la orden por ser *impopular* Rayon y no querer á otro el pueblo que á Rodriguez." Los amigos de éste formaron un alboroto; en medio de él se sacó en procesion á D. Celso Diaz, hombre que no era de los *duendes*, pero que, halagada su vanidad con los vivas que á él y á Rodriguez prodigaba el po-

pulacho, prestó su nombre y su persona para la representacion de aquel grotesco sainete. Era tanto mas fácil hacer el alboroto, cuanto que sus promovedores contaban con la impunidad, y esa comedia apareció como una manifestacion elocuente del sentimiento público. Se dió cuenta á Uraga del suceso, pintando cada partido la situacion de la manera mas conforme con sus intereses, y ese jefe se contentó con escribir á Rayon y á Rodriguez, anunciándoles que marchaba para México á organizar el *nuevo gobierno*.

Inconscientemente, Uraga decia una verdad. Pronto debia llegar á Arroyozarco á ser víctima de una emboscada que se le preparó hábilmente por quienes mataron las aspiraciones del general que con mengua del honor del ejército habia vuelto contra el presidente legítimo las armas que le confió éste para someter á los rebeldes. El partido conservador se aprovechó de la revuelta; la soldadesca de México falseó la revolucion, y vino Santa Anna á desterrar á Uraga *diplomáticamente*, á enviar á Blancarte á la Baja California y á Yañez á Sonora; y cuando éste se cubrió de gloria venciendo al filibusterismo, siguió á su espléndida victoria un proceso. Santa Anna decia poco despues en un manifiesto: "Han creído acaso que se me llamó de mi destierro para hacerme cada hombre ó cada partido el juguete de sus pasiones é intereses, y presentarme despues como *víctima expiatoria de la libertad y sus mentidas dactrinas?*"

Los liberales de Aguascalientes veían con claridad que al gobierno liberal de Arista seguía el entronizamiento del partido clerico-militar, pero callaron,

haciendo así el sacrificio de sus convicciones en aras de la independencia del Estado. Creían contar para esto con las simpatías que tenía Santa Anna por Aguascalientes, con que era hijo de aquella ciudad el ministro D. Teodosio Lares, y no se equivocaron. Este y aquel aseguraron nuestra emancipación política. (1)

Apenas subió Santa Anna al poder, hizo lo que debía esperarse; abolió la libertad de escribir, lo que mató al *Duende* y al periódico adversario de éste. Poco tiempo después se hizo elección (?) de presidente por los gobernadores, y Rodríguez votó por Uraga, lo que dió por resultado que se disgustasen sus antiguos amigos y partidarios. (1) Los mas de ellos, desengañados como todos los liberales, como todo el país, se retiraron á la vida privada. Rodríguez fué destituido y le sustituyó el general D. Cirilo Gómez Anaya, pero

(1) En 1874 me dijo Santa Anna, después de referirme las ovaciones de que fué objeto en Aguascalientes y de hablarme del valor de nuestros soldados, de los primeros á quienes conoció en aquella ciudad, etc. "Hice mal dando tan poco territorio á Aguascalientes, cuando pude darle mucho, porque siempre que ejercer el poder prevaleció mi voluntad. ¡Ah! si tuviera veinte años menos, lo lamentarian Zacatecas y Jalisco, á quienes quitaría un giron de tierra." "No desespere V.—agregaba:—esto tiene que suceder, aunque yo no lo haga ni lo vea."

(1) Véase lo que son las inconsecuencias de los partidos. Rompieron con Rodríguez sus partidarios y amigos porque no dió el voto á Santa Anna, y al mismo tiempo chocaron con D. Estéban Avila, porque éste elogió al mismo general en un discurso que pronunció en Rincon de Romos.

aquel volvió á la prefectura y Parga continuó en la secretaría de gobierno.

Anaya era un hombre de edad avanzada, blanco, de un color rosado que aún no marchitaban los años; delgado, de regular estatura. Era sociable y de fino trato, pero se dejaba ver poco del pueblo, quizá por sus enfermedades. Fué partidario de Iturbide con cuyo estado mayor entró á México, siendo ayudante, el 27 de Setiembre de 1821, diputado al congreso constituyente de 1824, y amigo de los gobiernos centrales á quienes siempre sirvió. Aunque enemigo de los liberales por convicción y por educación, no era fanático en política, ó á lo menos no lo demostró con sus hechos. A nadie persiguió, y debido á él no se sintió en Aguascalientes el peso de la tiranía de Santa Anna. Cuando éste quiso prorrogarse el tiempo de la dictadura y consultó para ello la opinión pública, (?) precisamente cuando el despotismo no permitía que ésta se manifestase, el valiente jóven D. José María Sandoval y D. Hermenegildo Moreno votaron contra Santa Anna. (1854). Querian los aduladores que se procediese contra éstos, pero el buen viejo no lo permitió. Cuando estalló la revolucion de Ayutla supo Anaya que Sandoval iba á unirse á Huerta en Michoacan, y solo dijo: *Ya se arrepentirá ese muchacho inexperto*. Sandoval realizó su intento y el gobernador exclamó: *A esa edad se hacen calaveradas*.

Esta conducta grangeó á Anaya el aprecio público. No quiso ser ciego instrumento de la tiranía. Hombre de corazón, obraba al impulso de sus propias inspiraciones. No causó males, pero no realizó mejora

alguna. En ese tiempo, y debido á la munificencia de la señora Doña Rosa Monroy, á su espíritu de caridad cristiana, se construyó el elegante y extenso edificio donde existe el Hospital civil. El padre D. José María Gordoá fué fiel ejecutor de la voluntad testamentaria de aquella benefactora de Aguascalientes, y la ciudad contó entre sus edificios el que levantó la caridad de una mujer cuyo nombre conservará la historia y bendecirá la humanidad doliente.

En la época de Anaya se organizó un batallón de infantería que mandaba el teniente coronel Nuñez, el mismo que, ya general, prestó importantísimos servicios á la causa de la libertad y murió como un valiente en Guadalajara en 1858. Ese cuerpo defendió con denuedo y lealtad la causa de Santa Anna en Zapotlán. Los soldados prisioneros fueron incorporados al batallón que mandaba el valiente coronel D. José María Arteaga.

Tuvo lugar entonces un hecho que deshonra á la administración de Santa Anna. En el insensato afán de este dictador por centralizar todo, nombró rector del colegio de Aguascalientes á un padre Romero, quien solo fué á presenciar la muerte del establecimiento. Hemos visto que Terán trabajó incesantemente para mejorar el sistema de enseñanza, procurando que éste fuese conforme, en lo posible, con los adelantos de la ciencia. Las tendencias de Romero eran otras. Llegó con su Lebrija y su filosofía de Bálmes debajo del brazo, ergotizando y sosteniendo en varias discusiones con el profesor D. Isidoro Epstein, que era inútil el estudio de las matemáticas. Los alumnos quizá

repetieron entonces la célebre frase de Newton: *¡Oh física, sálvame de la metafísica!* y abandonaron el establecimiento.

No solo el colegio mató la tiranía; también dió muerte á la exposicion que tan grande éxito había alcanzado en 1851 y 1852. No necesitaba el despotismo, para oprimir, de aquel templo del saber, ni del estímulo que creaba el concurso, al trabajo, á la industria, á la prosperidad de todos los ramos de nuestra riqueza!

No debo terminar este capítulo sin consignar otro hecho que honra al señor Terán y que quizá impulsó el movimiento que poco despues se vió en el vasto campo de las ideas. Cuando Santa Anna, de buena ó de mala fé, se dirigió á las personas mas notables en el país por su saber, pidiéndoles la manifestacion de sus opiniones respecto de la marcha que debia seguir para gobernar acertadamente y determinar la felicidad de la nacion, escribió al señor Terán. Este dió un dictámen que otros, no aquel dictador, aceptarían. Dió en contestacion que era necesario desestancar la inmensa propiedad territorial del clero, consagrar la tolerancia de cultos para favorecer la inmigracion, y abolir los fueros para establecer la igualdad ante la ley. Los ministros de S. A. S. se escandalizaron de tanta audacia, y Lares, que era compatriota y habia sido maestro de Terán, manifestó á éste su disgusto y el del gobierno dictatorial. Terán comprendió que podia serle funesto su atrevimiento, y se puso en contacto con los caudillos de Ayutla. Cosío no era extraño á los trabajos de aquel.

Entre tanto, la revolucion iniciada en las montañas del Sur ganaba terreno; el ejército de Santa Anna era derrotado en Michoacan, en Guerrero, en Nuevo Leon; Colima estaba en poder de ella, mas tarde Zapotlan y despues Guadalajara, que abrió sus puertas á Comonfort, Degollado y otros campeones de la democracia. Aguascalientes secundó el movimiento popular, aceptó la revolucion de ideas y de principios que iniciaba una época fecunda en acontecimientos, y desapareció el gobierno de Anaya. Habia el pueblo mexicano reconquistado sus derechos; la libertad iba á entronizarse y á ejercer su bienhechora influencia; las preocupaciones religiosas y políticas á sufrir mortales golpes. Combatian el pasado y el porvenir, y éste comenzaba á conquistar brillantes victorias. De un lado la fuerza y de otro el derecho; allá el despotismo y acá la justicia y la libertad; allá el fanatismo y acá la filosofía: frente á la ley brutal del mas fuerte los inalienables derechos del hombre. Triunfaba una revolucion que tantas esperanzas creaba, que atesoró tantos bienes, y el pueblo despertó de su letargo y exclamó lleno de júbilo: ¡viva la libertad!

## CAPITULO XV.

### La revolucion de principios.

(1855—1856.)

*Alvarez y Comonfort. — Lerdo de Tejada. — Arteaga. — Union de los liberales. — Muere Costo. — Terán. — Guardia nacional. — La prensa. — La lucha de las ideas. — El club. — Una gavilla.*

**H**ABLANDO del movimiento regenerador de Ayutla, decía Comonfort en una de sus proclamas: "No es uno de esos motines militares que por desgracia han aflijido á la República; es una revolucion de ideas y de principios semejante á la de nuestra independencia."